

de embarrilar el aceite y transportarlo a lomo de caballo resultaba, debido a la falta de buenos caminos, no sólo muy caro sino muy despacio.

Los demás cargos de Don Juan no son menos apasionados, pero no siendo mi propósito discutirlos, me contentaré con referir a mi contendiente al Capítulo *The Triumph of Business Enterprise* de la historia *The Rise of American Civilization* por Charles A. Beard, no tanto para que se vea que no me eran desconocidas las censuras contra la Standard Oil como para justificar mi actitud con la autoridad del ilustre profesor americano. (No quiero incurrir más en el pecado de citar artículos de revistas que se dejan olvidadas los domingos en los bancos de los parques).

En ese capítulo encontrará don Juan todas sus censuras, digo mal, casi todas, y algunas más que a él se le pasaron por alto de milagro, pero encontrará también el criterio sereno de un juez que juzga con absoluto conocimiento de causa y sin dejarse llevar de animosidades interesadas ni de declamaciones retóricas. Dar la versión entera de esas páginas me tomaría bastante tiempo a mí y mucho espacio al *Repertorio*. Traduciré, sin embargo, para beneficio de los que no puedan leerlo en el original lo que Beard tiene que decir sobre el crítico, o mejor dicho, la crítica más vehemente del Trust aceitero: «A causa de la inquina que respira su notable relato de la Standard Oil, Ida Tarbell es en parte responsable por el concepto desfigurado (*distorted view*) que la opinión popular se ha hecho sobre la historia de esa compañía. El relato es un drama con héroes y villanos en lugar del frío y desinteresado sumario de un observador imparcial. En el primer capítulo nos traza un cuadro de ciudadanos bravos y aventureros desarrollando los recursos del distrito petrolífero, construyendo casas para ellos y sus familias, estableciendo escuelas y hospitales y fundando comunidades prósperas y felices. El villano aparece entonces en escena furtivamente y al amparo

de la sombra a traer la ruina y la desolación.»

«Pero al describirnos la contienda entre los héroes del petróleo rectos y temerosos de Dios y el villano malvado, Miss Tarbell pinta incidentalmente a los primeros descuidados en sus métodos, desperdiciadores en sus operaciones, desdeñosos de ganancias moderadas que habrían satisfecho a otros hombres de negocios; ella nos los muestra dispuestos casi siempre a entrar en arreglos con el grupo de la Standard en daño del público, y se puede ver que si fracasaron no fué porque su sistema moral fuera diferente sino por su incapacidad de mantener sus compromisos debido a las traicioneras defeciones en sus propias filas. Una y otra vez trataron de sostener los precios del aceite crudo disminuyendo la extracción, y a fin de intimidar a los independientes que insistían en seguir perforando y bombeando en tiempos de *overproduction* y precios bajos, recurrieron a prácticas tan reprensibles como las empleadas por el villano del drama.»

«En resumidas cuentas, el no haber podido los productores competir con los intereses de Rockefeller no se debió a falta de gana sino a incapacidad, a la imposibilidad de refrenar los instintos de ganancia de aquéllos y de mantener una combinación de productores fuerte semejante a la de los refinadores. Uno de éstos después de batallar por años en su favor acabó por llamarlos una chusma cobarde y desorganizada. Algunos de sus *leaders* indudablemente asumieron heroicas proporciones, pero es legítimo preguntarse: ¿el público, los políticos, los consumidores, hubieran sido más afortunados en las manos de una combinación de productores compuesta de los héroes de Miss Tarbell, que bajo el predominio imperial de la Standard Oil?»

Es tal conflicto de intereses más bien que ningún propósito de justicia o de sanción el que aparece en el fondo de la serie de investigaciones, demandas, entredichos y persecuciones contra la

Standard Oil Company. ¿Quiere esto decir que todos los cargos contra ella fueran infundados? Ciertamente que no, pero sí que quién desee ser justo debe reducir algunos a sus verdaderas proporciones, quitándoles todo lo que había en ellos de exageración, odio, propaganda, y desechar otros por falta de pruebas, pues como dice Beard «it was one thing to assume, another thing to prove, and a nice problem of ethics any way to render a just judgment in a baronial epoch when physical force was a normal part of high business procedure.» «Baronial epoch» ¡qué felizmente definen estas dos palabras los orígenes de la industria petrolera, la naturaleza agresiva, casi feudal, de los individuos interesados en su desarrollo, las violentas resistencias y las enormes dificultades que hubo de vencer para organizarla y ponerla al servicio del mundo! De un lado a otro se usaron armas y tácticas reprobables. ¿Quién lo duda? Un moralista de gabinete, de esos que consideran los fenómenos sociales *in vacuum*, esto es, en abstracto, sin tomar en cuenta las razones del ambiente, del momento histórico y de los resultados últimos, hallaría bastante tela que cortar. Pensemos, sin embargo, que apenas si habría movimiento de alguna importancia en la historia que resistiera un análisis de esta suerte. Aun las más benéficas instituciones, ni siquiera la Iglesia Católica, escaparían de acerbas críticas. ¿Qué resulta la Revolución Francesa considerada desde ese punto de vista, y qué la conquista de América?

Hay que contemplar tales cosas en bloque, en su aspecto grandioso, más bien que en sus detalles vituperables, y juzgarlas usando respecto a la condición humana el mismo criterio indulgente con que miramos las grandes fuerzas de la Naturaleza. A riesgo de que Don Juan me llame cínico, yo diría que debemos aceptarlas sin hacer demasiados pucheros de disgusto, como se acepta el Nilo o el Amazonas o demás grandes ríos que crecen con aguas menos puras que las de los arroyuelos o fuentes es-

El poeta Eguren...

(Viene de la primera página)

ta entonces se parecía a lo que nos recitaba a media voz y musitando las palabras, y sus rimas oscuras, difíciles, susurrantes, saturadas de un encantamiento misterioso, casi hierático, dejaban temblando nuestra sensibilidad habituada al énfasis heroico y el alarde romántico. Es verdad que muchas veces no penetrábamos al designio oculto del poema ni advertíamos los alcances de su estética renovadora; pero siempre sugería a nuestro espíritu, imágenes y sentimientos que habían de provocar más tarde en la generación que inició saludables reacciones.

El tiempo no ha destruido en mí esa impresión, y mi admiración por este poeta ha permanecido la misma a través de Simbólicas, La Canción de las Figuras, Sombras y estas graciosas y aladas Rondinelas con que hoy enriquece la colección que da a la estampa⁽¹⁾.

Personal, con una manera propia de evocar las imágenes y de decir las cosas, Eguren es original dentro de la tendencia en que sitúa su arte, porque su simbolismo dista mucho de ser el simbolismo decadente de Mallarmé, Verlaine y Rimbaud. En éstos la imagen y la resonancia musical del verso tienden a sugerir cierto estado de ánimo con auxilio de una interpretación personal del símbolo y del ritmo. Eguren organiza un mundo con sus figuras, las dota de un ambiente propio y las mueve

dentro de una lógica exclusivamente suya, para arrastrar al lector hasta ese mundo y hacerle en él la revelación de sus quimeras que son toda su alma y toda su vida. Las figuras—La Dama I, la Reina Fantasía, los Reyes Rojos, Pedro de Acero, Shyna la Blanca, la Tarda, el Duque Nuez, Clavo de Olor, Juan Volatín son ya clásicas—piensan y sienten una realidad aparte, transfiguran las cosas y hacen el milagro de conducirnos a un reino desconocido, a nuestro gusto, lejos de la pesada prosa cotidiana. A veces un vaho de tragedia circula entre las figuras. Es el terror infantil del Cuarto Cerrado, la muerte que ronda en la Marcha fúnebre de una Marionette, la Tarda, y la Muerta de Marfil o la sangre que lloran en los caminos el curvo peregrino y los Reyes Rojos.

Lo que en el fondo caracteriza a Eguren es este anhelo de evasión, de eludir su propia realidad y su propia experiencia, para crearse un mundo. Y en este sentido es romántico. Sólo que el siglo XIX lo buscó en la Edad Media, en Grecia o en Oriente, y este poeta lo forja el mismo para darse el placer de vivirlo y hacerlo vivir a otros, como él descontentos e insatisfechos.

En Poesías, ha reunido el poeta amigo, versos viejos y consagrados con las composiciones inéditas de los últimos años. El libro no agregará nada a su reputación, hoy definitiva; pero se dejaba esperar, porque era ya tiempo de que nos diera la edición integral de su obra.

Alberto Ureta

(Nueva Revista Peruana, Lima.

(1) Poesías, por J. M. Eguren. Biblioteca AMAUTA, Lima, 1929